

### Le quedan pocos días

No puedo creer que vaya a morir. A todas luces soy una mujer llena de vitalidad, bueno, ahora ya no tanto. Al parecer de los doctores, de vida me queda un mes, a lo más dos. ¿Hace cuánto fue que asistí a la primera cita con un doctor? A principios de año recuerdo. Esa vez que me fui a ver el porotito que tenía debajo del seno izquierdo, que ya me estaba molestando. Siempre me habían dicho, mi hermana, mis amigas, mi madre, mis tías, todas mujeres preocupadas: anda y que te revisen, hazte la mamografía cada cierto tiempo, no te dejes estar, mira que de solo acordarme de lo que le pasó a la Lucía Montero, ¿la recuerdas? por dejarse estar. Y ahora yo, por dejarme estar ya se me acaba el tiempo. Me preocupa el Tomás, recién aprendió a andar y le cuesta comunicarse, no quiere hablar, se niega a decir palabras. Todo son sonidos. Entiende lo que le decimos, o sea que no es sordo, pero no hay caso que se comunique con palabras. La Rosita le habla y le habla con una paciencia, pero no hay caso. Y ahora se quedará sin mamá que le enseñe. La Rosita ya es grande, bueno eso me dice ella. Tengo diez años mamá, soy grande y puedo cuidar a mi papá y a mi hermano, tú no te preocupes, me dice cuando me ve decaída y triste. Y me toma las manos y las sostiene entre las suyas, como si las de ella pudieran cubrir las mías que siempre fueron unas manos tan grandotas, de dedos muy largos y finos. Una gran pianista habrías sido, por tus manos, me decía Roberto cuando nos conocimos. Le gustaba que le acariciara las piernas con mis manos grandes. ¿Qué sería lo que me pasó? No entiendo eso de la ruleta que alguien maneja y da vueltas y te asigna un número y ese número va con un nombre. Esta vez ese número llevaba el nombre de Elisa y traía consigo un porotito que me

lo dejó debajo del seno izquierdo, que empezó a crecer y a molestar y adueñarse de mi mente, sobre todo de mí. A matarme el ánimo y los deseos, eso fue lo peor. Porque el dolor, al principio, uno lo puede esconder, pero el decaimiento y las pocas ganas de hacer cosas, eso no se puede ocultar. Todos se dan cuenta y hablan y comentan y cuchichean detrás de las puertas. Te fijaste que la Elisa ya no es la misma de hace unos meses, ya ni siquiera conversa como lo hacía. Tan vivaz que era, nos contagiaba con su dulzura y avidez de conocerlo todo, entenderlo todo. Se veía tan llena de vida con el Tomasito en brazos moviéndose siempre, abarcando el espacio con su voz y su presencia. Me da tanta pena Roberto. Tan hombre, tan lleno de gracia y de vida. Se nota que se quieren, siempre lo dije. Pero con el ánimo de la Elisa por los suelos, Roberto, aunque trata de disimular y seguir demostrando su energía, igual llega el momento en que ya no puede. Escuchar todos esos comentarios cada vez más seguidos me afectaban lo más profundo de mi ser y me hacían mirar el futuro, el poco futuro que me quedaba, muy oscuro, muy siniestro y tenebroso. Las reuniones con tantos doctores y miles de exámenes, camillas, máquinas y remedios, lo único que hicieron fue atacar donde más me dolía, allí en mi orgullo, ese que me inculcaron mis padres y familia. Vino sin darme cuenta de inmediato, un gran pie que me persiguió y del que hui hasta que no pude evitarlo. Me atrapó y quedé debajo, aplastada. Aplastada de vergüenza con un amor propio reducido al mínimo. Ese orgullo del que siempre mis padres se vanagloriaron, se destruyó. La Elisa Clara Alemparte Irigoyen comenzaba a dejar de existir, porque desde algún lugar desconocido, alguien decidió que, jugando al azar, me tocaba a mí ser la depositaria de ese porotito en un seno izquierdo. Que debía alimentarse, crecer y matar.

Como buena familia católica, de amigos y miles de conocidos de la misma línea religiosa, todos tuvieron al unísono, la idea de rezar por mí. Se instauraron horarios en que harían cadenas de oración por mi salud, que yo en un principio, creyente en toda la fuerza sanadora de la oración, apoyé y recibí con mucha fe y alegría por el amor de tantos seres pendientes de mí y mi recuperación. Creía de verdad que eso podía hacer un milagro, como nos habían enseñado en el catecismo, que si tenemos fe, Dios nos escucha e intercede y ayuda. Eso nos enseñaron por siglos, cómo no iba a ser cierto, sobre todo ahora, que era yo la afectada y la depositaria de las oraciones. Yo, la que debía recibir el bienestar que cada rezo llevaba consigo. Pero la energía que debí recibir a raudales con tantas personas dedicando sus rezos a mi recuperación, no llegaba, cada vez tenía menos. Hubo días en que no podía levantarme y salía de mi cama arrastrando los pies, apenas aguantando el peso de mi cuerpo. Llegaba al baño y el espejo devolvía, sin ocultarme ni un poco de verdad, la imagen más triste y devastada que podía soportar. Decidí eliminar todos los espejos de la casa. No quise verme reflejada tan poca cosa, yo que siempre fui la mejor hija, la mejor hermana, la mejor amiga, siempre la mejor, era insoportable ver en un espejo que definitivamente ya no lo era. Dejaba dramáticamente dentro mío y de los demás, de ser la mejor. Cada vez empequeñecía más. Hoy no quise decirle a Roberto que me acompañara, decidí asistir sola. Qué sentido tenía venir con él si lo que me iba a decir el doctor ya no era novedoso. Y así fue. La ciencia médica se daba por vencida y yo debía arreglármelas como pudiera. Recurra a los santos brasileros, a cualquiera de las vírgenes que realizan milagros por el mundo, o a los tantos santos de la iglesia católica que en algún lugar, aun salvan a quienes tienen la necesidad de seguir viviendo. Vaya donde quiera Elisa. Con pesar y vergüenza

debo reconocer que nosotros ya no podemos ayudarla. Me paré y salí de la consulta caminando con la frente en alto. Taconeando fuerte y firme, mirada al frente y rápida porque los ojos se me estaban poniendo vidriosos de unas intrusas lágrimas que pugnaban por salir. Llegué a la calle y sentí mi cartera algo más pesada que cuando llegué. Debe ser la debilidad que me ataca sin permiso y que trata de intimidarme. Sentada en uno de los bancos que había fuera de la clínica miré hacia el edificio. Diez pisos de enfermos, médicos y mucha tecnología costosa. Quien quisiera entrar allí debía tener los medios para hacerlo y yo los tenía, eso nunca fue un problema. Ahora, sentada aquí, luego del fatal veredicto, me doy cuenta que ese poder económico no sirvió. Siento un dolor muy profundo y me mareo. Busco un pañuelo en mi cartera y me encuentro con algo frío y duro. Lo saco y es un revólver. Recordé que, al salir de casa, tuve ese instante de lucidez suicida y tomé el revolver que Roberto mantiene en su velador y lo guardé en mi cartera. La verdad es que no supe por qué lo hice, ni siquiera me lo pregunté. Pero ahora que estoy aquí, mirando esta clínica, catedral de la religión del dinero, decido que no quiero ser la pobre Elisita que se va a morir y a dejar sus hijos huérfanos y su marido viudo. No señores. Me niego a morir en una cama, con morfina hasta la médula de mis huesos y rodeada de lástima. No tiene sentido práctico esperar uno o dos meses más, como dijo el doctor. Creo que fue buena la idea de traer el revólver y prestar atención a las clases que me dio Roberto alguna vez, por si entran a la casa y yo no estoy, me dijo. Lo pongo dentro de mi boca, así, y aprieto el gatillo.

FIN